

Oriente que sus animales simbólicos, que sus dioses naturalistas, que su panteísmo vago, debían volver, lanzados por los arcángeles que guardaban el santuario de la doctrina de Cristo, debían volver, decía, como vencidos á recluirse y enterrarse en las arenas del desierto, apeló á la doctrina judía de un solo Dios, á la doctrina menos acreditada en Oriente, patrimonio exclusivo de escaso pueblo, para ver si aun podia abismar en las tierras y en las edades orientales al nuevo cristianismo, gloria y regeneracion del Occidente. Así nació esa herejía de Pablo de Samosata despues de vencidos los gnósticos para quedar guardada en el siglo tercero y renacer en el siglo cuarto, revisitiendo su verdadera forma y encarnándose en su mas alta personificacion bajo el célebre y nunca olvidado nombre de Arrio.

Las herejías no se reducen solamente al dogma, tiran tambien á combatir la disciplina y la liturgia. Herejía dogmática, por ejemplo, la herejía de Pablo de Samosata que niega la divinidad de Cristo; herejía litúrgica la herejía de Novaciano que niega la validez del bautismo propinado por los herejes; y herejía canónica ó disciplinaria la herejía donatista de que hablaremos inmediatamente para comprender la verdadera prosapia de la reforma y estudiar su genealogía y sus títulos y sus precedentes en todos los tiempos de la historia.

Las persecuciones habian puesto á prueba el temperamento de los nuevos fieles y la naturaleza humana de ninguna suerte se desmintió á sí misma en estos terribles trances de la vida social. Mientras unos fieles corrian á los circos y hasta desafiaban la cólera de los perseguidores buscando como un lauro el martirio y recibéndolo como una visita del cielo; ¡jay! otros, ó mas débiles ó menos creyentes, huian los dolores y trataban de componerse con los enemigos de Dios, besando la opresora y ensangrentada mano que heria bien alevemente á su religion y á sus correligionarios. Los padres de la Iglesia, y muchos de los primeros cristianos, creian con profundísima creencia que los dogmas, que los ritos, que los sacramentos mismos, debían quedar ocultos en el seno de la Iglesia, como verdaderos misterios, de igual suerte que hacian los filósofos con sus doctrinas essotéricas y los magos con sus fórmulas cabalísticas, para no exponer la verdad revelada así á las irreverencias de los paganos como á las adulteraciones y corrupcion de los herejes. Toda herejía dimana á la vez de negaciones opuestas á los principios ortodo-

xos y de exageraciones de estos mismos principios ortodoxos. Así, por ejemplo, nació una secta llamada de los donatistas, la cual sostuvo que no debían comunicarse los fieles con los que hubieran desfallecido y claudicado y hecho traicion á su doctrina y á su Iglesia.

Esta secta tomó su nombre de Donato, el cual pertenecia en alma y cuerpo á la Iglesia de Cartago. Extraña herejía esta. No se apartaba del sentir y del pensar de la Iglesia. Como la mas pura de las doctrinas ortodoxas imaginaba un crimen revelar las doctrinas eclesiásticas y entenderse con los traidores y con los disidentes. Su disentimiento consistia en creer que Ceciliano, obispo de Cartago, cometió ambas faltas, y que habiéndolas cometido, pecaba gravemente la Iglesia católica, pecaba de debilidad y de flaqueza, sosteniéndolo y guardándolo en su seno, cual si nunca hubiera faltado á la disciplina. En estas contiendas los católicos puros llegaron hasta el extremo de acusar al donatismo, infundadamente por cierto, de admitir las doctrinas de Pablo de Samosata contrarias á la base del Cristianismo, contrarias á la divinidad de Cristo. Mas ya tuvieran este ú otro carácter los donatistas, no puede negarse que produjeron, sobre todo en Africa, con sus exageraciones y con sus intransigencias, un cisma, el cual duró mas de cien años. Entonces fué cuando comenzó verdaderamente, por iniciativa de San Agustin, á quien corresponde tan triste invencion, el principio odioso y anti-evangélico, y derogador del puro Cristianismo, que proclamaba la necesidad de convencer á los herejes por medio del hierro y del fuego y de amparar las doctrinas cristianas por la coaccion y por la fuerza material de los gobiernos. San Agustin, con motivo y ocasion de la herejía donatista, sostuvo esta doctrina verdaderamente africana, que luego moviera el brazo de los Omars y de los Muzas para extirpar del Africa el Cristianismo, esgrimiendo en su pecho la cortante cimitarra de Mahoma. No, no puede condenarse con acerbidad bastante el origen y nacimiento de esa doctrina de coaccion material, sustentada por un espíritu tan luminoso y tan vasto, si llega uno á recordar todos los crímenes que ha avivado en el mundo: las persecuciones religiosas, las guerras dogmáticas, la expulsion y extrañamiento de pueblos enteros, el potro que ha descoyuntado tantos huesos, la hoguera que ha consumido tanta sangre, la intolerancia que ha afeado y oscurecido con manchas tan grandes como indelebles las pá-

ginas inmortales de la humana historia. Siempre que vemos, ya en las alturas de los montes, ya en la profundidad de los valles, un templo, una iglesia, un monumento elevado á lo ideal, y en cuyos aires las oraciones se han difundido, y en cuyas paredes los ex-votos se han colgado, y en cuyos pavimentos los muertos duermen aguardando la resurreccion y la inmortalidad, no hemos podido menos que ver en ellos un esfuerzo para la ascension á lo perfecto, un vuelo á lo infinito, una grada en la escala que conduce al Eterno, algo de esos misterios divinos que en nosotros destruyen la terrena naturaleza de las bestias con las cuales nos hallamos confundidos por la materia y nos prestan la etérea naturaleza de ángeles con los cuales nos hallamos confundidos por el espíritu; pero si vemos que al pié de esos monumentos, verdaderas estrellas místicas, se han desencadenado las guerras y las persecuciones religiosas, manchándolos de sangre, parecennos verdaderas carnicerías con verdugos por sacerdotes y con dioses antropófagos bien distantes del supremo bien, de la suprema verdad, y de la perfecta hermosura, que en Dios reconocerán y proclamarán á una todas las generaciones. Por eso maldecimos con maldicion inapelable la doctrina de las coacciones sustentada por San Agustín, para compeler á entrar y á quedarse en la Iglesia, doctrina errónea absolutamente, y sobre la cual se ha fundado la mayor y la mas criminal de todas las tiranías, la tiranía religiosa. Nos hemos detenido aquí porque aquí comienza una de las mas terribles calamidades que han pesado sobre la historia moderna, la calamidad de las guerras religiosas. Cuando los enemigos de los donatistas se dirigian á los poderes constituidos pidiéndoles su cetro y su espada contra la herejía, ignoraban en la ceguera de su conciencia la complicidad eterna con todos los perseguidores del Cristianismo, con los Neronés y con los Commodos, y la preparacion y apercebimiento de armas, con las cuales, tarde ó temprano, habian de herir nuevamente los poderosos del mundo las entrañas de la Iglesia católica. Ellos, los intolerantes, pusieron la persecucion religiosa en manos de los déspotas. Ellos lograron que el imbécil Honorio, incapaz de soportar sobre sus sienes la gloriosa y pesada corona del Imperio, despues de haber cedido como un rebaño sus súbditos de España y de las Galias, empuñara en las flacas manos la deshonorosa espada no esgrimida contra los bárbaros, y corriera ciego á devastar provincias perdonadas por las irrupciones y á imponer la

ortodoxia católica, que solo puede admitirse por la persuasion y sostenerse por la fe, con los malditos y homicidas instrumentos de la conquista y de la guerra. El castigo no tardó mucho tiempo: que en la historia resplandece, mas todavía que en la naturaleza, la providencia de Dios. Aun estaba fresca la sangre vertida por los católicos, aun humeaban los incendios atizados por el soplo letal del piadosísimo Emperador Honorio, aun yacian los cadáveres insepultos, cuando los crueles vándalos, olvidados de la religion de sus selvas y convertidos á la secta arriana, entraban como una tromba de esas que el huracan levanta con las arenas del desierto, por las tierras de Africa, y perseguian á los perseguidores y mataban á los asesinos y reproducian contra los ortodoxos la misma crueldad de los ortodoxos contra los donatistas, dando á los manes de estas inocentes víctimas la triste compensacion de una cruenta venganza.

Lo cierto es que con todas estas herejías, con su necesaria contradiccion lógica, el dogma se fué extendiendo y fijando hasta producir el símbolo de la fe allá en las maravillosas sesiones del Concilio de Nicea, símbolo necesario no solamente á educar el mundo germánico que estaba por nacer y que venia á mas andar, sino tambien para resumir el mundo heleno-latino que se derrumbaba definitivamente á pedazos y que pedia una sustitucion pronta é indispensable á sus gastadas doctrinas. En vano los judaizantes quisieron hacer del Cristianismo un apéndice de la Biblia; en vano los helénicos un comentario de la filosofía; en vano los ebionitas una secta del desierto tan feraz para las conciencias religiosas; en vano los gnósticos una parte de las teogonías asiáticas; en vano los novacianos y los donatistas una exageracion semejante á la antigua exageracion farisaica; en vano Pablo y Arrio una doctrina puramente moral; combatiendo con todas las contradicciones, pasando por encima de todos los combates á guisa de aquellos ángeles puestos en los cuadros piadosos fuera del alcance de los ejércitos, los dogmas se definieron, se fundaron, se extendieron, recogiendo el alma de la antigua sociedad y dándosela, rejuvenecida y abillantada y agrandada, en la sublime comunion de tantas progresivas ideas, á la nueva sociedad. Las doctrinas de Pablo de Samosata, reproducidas por el célebre Arrio, no pudieron, no, contrastar la nueva fe, ni vencer á la Iglesia que apareció con el símbolo de sus creencias

escrito y fijado en el momento mas necesario; cuando el eterno Capitolio se cuarteaba sobre sus bases y venia por medio de las irrupciones germánicas el rejuvenecimiento de la sangre vieja en las venas ateridas de la antigua sociedad pagana.

CAPÍTULO II

DE LAS PRINCIPALES HEREJÍAS EN LOS PRIMEROS TIEMPOS DE LA EDAD MEDIA

La fijeza, dada al dogma en la Iglesia católica, convenia para desafiar y acudir con mayor facilidad al combate eterno de la Iglesia con la herejía. Naturalmente, conocidos y promulgados los dogmas del catolicismo, no habia lugar á recatarlos, como los recataran hasta entonces; y una verdadera época de propaganda y de difusion venia en la historia de la Iglesia, mas fuerte ahora que en los tiempos anteriores, á causa de la uniformidad de su doctrina, la cual componia ya una liturgia, una disciplina, y un dogma. Pero, como hemos dicho antes que la herejía de continuo acompaña al dogma, acompañólo en esta ocasion, renovando antiguas doctrinas y personificándolas en hombres de tanto mérito y de tanta tenacidad como el español Prisciliano. Elocuente en su palabra, flexible en su temperamento, dispuesto á todos los combates, el célebre teólogo parecia destinado á emplear las armas de la dialéctica en estos tiempos de universales perturbaciones teológicas. Educado en Menfis, donde la teología se mezclaba en combinaciones tan extrañas con la magia; crecido en Africa, en la region Sur del Mediterráneo, region de verdaderos combates; hijo de España, tierra de antigua y sólida cultura; jóven cuando comenzó á ser célebre; noble por su origen; hermoso por su figura; de una erudicion profunda que no excluia la ligereza y la gracia del ingenio; veheméntísimo en sus deseos, fácil en su palabra, propenso á las disputas; en las acometidas audaz, en las resistencias tenacísimo; menospreciador de las amenazas, sordo á los halagos de la fortuna, sobrio y austero hasta el punto de pasar por un asceta; mundano y galante al par que